

La reproducción social en disputa: un debate entre autonomistas y marxistas

Paula Varela

Centro de Estudios e Investigaciones Laborales, Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas • Universidad de Buenos Aires (Argentina)
paula.varela.ips@gmail.com

Título: Social Reproduction in Dispute: a Debate between Autonomists and Marxists

Resumen: Este texto aborda el debate, teórico-político, entre la visión autonomista y la visión marxista de la reproducción social. Para hacerlo, nos basamos en el reciente dossier publicado por la revista *Radical Philosophy* “Social Reproduction Theory”, cuya presentación está escrita por Silvia Federici y su artículo teórico por Alessandra Mezzadri. El núcleo duro del dossier está dirigido a polemizar con las posiciones sostenidas en el libro de Tithi Bhattacharya *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentring Opression*. Presentamos aquí una “crítica de la crítica” para proponer una lectura de la Teoría de la Reproducción Social en tanto teoría de la relación entre producción y reproducción en la sociedad capitalista.

Palabras clave: feminismo – marxismo – reproducción social – clase trabajadora

Abstract: This article addresses the theoretical-political debate between the autonomist vision and the Marxist vision of social reproduction. To do so, we base on the recent *dossier* published by the *Radical Philosophy* “Social Reproduction Theory”, which presentation is written by Silvia Federici and its theoretical article by Alessandra Mezzadri. The hard core of the dossier’s argument is aimed at polemizing with Tithi Bhattacharya’s book *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentring Opression*. This is a “critique of criticism” that propose a reading of the Theory of Social Reproduction as a theory of the relationship between production and reproduction in capitalist society.

Keywords: Feminism – Marxism – social reproduction – working class

Recepción: 1 de febrero de 2020. **Aceptación:** 27 de febrero de 2020

En abril de 2019, la revista *Radical Philosophy*, publicó un dossier llamado “Teoría de la Reproducción Social”, cuya presentación fue escrita por Silvia Federici, y su contenido está dirigido, básicamente, a polemizar con la visión marxista de la Teoría de la Reproducción Social (TRS) a través de criticar el libro de Tithi Bhattacharya *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentering Opression*.¹ El artículo que concentra los argumentos teóricos es el de Alessandra Mezzadri “On the value of social reproduction”, motivo por el cual me basaré en él para elaborar una “crítica de la crítica”² y proponer *una lectura de la Teoría de la Reproducción Social en tanto teoría de la relación entre producción y reproducción en la sociedad capitalista*.

El artículo de Mezzadri tiene tres virtudes. La primera es que pone de manifiesto algo que venía flotando en el aire pero que no terminaba de expresarse de forma abierta: que hay una disputa teórico-política respecto a qué nos referimos cuando hablamos de “reproducción social” y que los contendientes de esa disputa son dos: la *visión autonomista* y la *visión marxista* de la reproducción social. Una, representada en la actualidad por Silvia Federici y otras teóricas; la otra, expresada (para este debate) en el libro que compila Bhattacharya, el cual retoma los planteos de Lise Vogel y cuenta con aportes de teóricas contemporáneas como Susan Ferguson o Cinzia Arruzza (entre otras). La segunda virtud del artículo es que sitúa el núcleo del debate teórico donde éste debe estar: la definición de qué es y qué papel cumple en el capitalismo contemporáneo el trabajo de reproducción social, y cuál es su relación con el trabajo de producción de mercancías, o, para decirlo en términos marxistas, con la producción de valor. Para ello, el artículo de Mezzadri reenvía el debate a sus orígenes: los desarrollos de Mariarosa Dalla Costa y Selma James (1975), como teóricas fundantes de la visión autonomista, y los desarrollos de Vogel, como quien logra elaborar el núcleo duro de la visión marxista sobre el cual se basan las elaboraciones posteriores), y se concentra, particularmente, en la definición de un punto crucial: si el trabajo de reproducción social produce o no produce valor. Esta discusión, que puede parecer casi un preciosismo (y que muchos criticaron en los 70 por ser “demasiada abstracta”), recobra aquí toda su centralidad. La tercera virtud es que Mezzadri establece con claridad cuál es la consecuencia política de dicho debate teórico: ni más ni menos que la caracterización de cuáles son los territorios de la lucha contra

1. Para una entrevista a Tithi Bhattacharya sobre su libro, véase Varela (2018a) <https://laizquierdadiario.com/Sobre-la-relacion-entre-genero-y-clase>.

2. Para la elaboración de esta crítica fueron fundamentales los intercambios con Susan Ferguson y con Gastón Gutiérrez Rossi. Las afirmaciones son de mi absoluta responsabilidad.

el capital, quiénes son los sujetos que tienen que protagonizarla y qué papel juegan las mujeres en esa lucha. En síntesis, qué formas políticas asumiría una perspectiva que busque trascender el capitalismo hoy.

En definitiva, más allá de los argumentos que la propia Mezzadri defiende y del modo en que lo hace (todo lo cual es objeto de mi crítica), su artículo es en sí mismo importante porque logra dejar en claro que estamos ante un debate central para el feminismo (en un momento en que miles de mujeres, particularmente jóvenes, se identifican con esa heterogénea identidad) y, sobre todo, para un feminismo que entiende que la lucha contra la opresión de las mujeres es inescindible de la lucha contra el capitalismo, en la medida en que no son sistemas de opresión separados (patriarcado y capitalismo) sino un único sistema construido sobre la base de esta doble opresión (de género y clase).³

¿Todo trabajo produce valor?

Mezzadri comienza así su crítica:

A partir de una revisión del debate sobre la reproducción social, antiguo y nuevo, y centrándose en el aumento y la difusión del trabajo informal y no formalizado, el siguiente análisis sostiene que solo las interpretaciones de las actividades y los ámbitos de reproducción social como *productores de valor* pueden mejorar nuestra comprensión de las relaciones laborales del capitalismo contemporáneo. (2019, p. 33, destacado en el original).

Para hacer esa afirmación Mezzadri se parará en dos pilares: el primero, la tradición teórica iniciada por Dalla Costa y James (inscrita en el *operaísmo* italiano), que da origen a la “Campana por el Salario para el Trabajo Doméstico”,⁴ y de la que forman parte, entre otras, Leopoldina Fortunati y Silvia Federici;⁵ el segundo, los estudios que centran su mirada en el “trabajo informal o informalizado” y/o en las “economías de subsistencia” de los países periféricos, entre los que la autora destaca los de María Mies (Mies, 1982 y 2019; Mies y Benn-

3. Esta comprensión es la base de las teorías unitarias opuestas a las teorías del sistema dual que explican la opresión de género y la explotación de clase como consecuencia de dos sistemas diferenciados. Para una reconstrucción de ese debate, véase Ferguson y McNally (2013).

4. Campaña internacional que se inició en el año 1972 y se desarrolló en Nueva York, Trivento, Toronto, y otras ciudades. Para una historización del Comité de Nueva York en el que participó Silvia Federici, véase Federici y Austin (2019).

5. Véase Fortunati (1981) y Fortunati y Federici (1984).

holdt-Thomsen, 1999). De este modo, la tesis, que en el marco de la Segunda Ola Feminista estaba dirigida a argumentar puntualmente que el trabajo doméstico produce valor, se extiende aquí hacia una tesis más general sobre “el papel que desempeña la reproducción social en los procesos de extracción de excedentes de trabajo y generación de valor” (Mezzadri, 2019, p. 34), que sobrepasa el campo del feminismo y empalma con discusiones que se desarrollan en la historiografía, la sociología y la antropología contemporáneas. Estas discusiones tienen un núcleo común: la problematización de la idea del “trabajador libre” de Marx (“libre” de medios de producción y “libre” de vender su fuerza de trabajo en el mercado), y de la relación asalariada como relación social fundamental a partir de la cual explicar la producción de valor y plusvalor y, por ende, la acumulación de capital y la reproducción del sistema capitalista como un todo. Parte de estas discusiones pueden encontrarse en el libro de Marcel van der Linden (2019) *Trabajadores y trabajadoras del mundo*, entre otros. Basándose en estos estudios y en su propia investigación sobre los *sweapshops* (Mezzadri, 2017), la autora identificará tres canales a través de los cuales las actividades y esferas reproductivas contribuyen a los procesos de generación de valor: a) la extensión de los patrones de control del trabajo más allá del tiempo de trabajo, lo cual expande también las tasas de explotación; b) la absorción, por parte de los y las trabajadoras, de la externalización sistémica de los costos de reproducción social, lo cual opera, de facto, como un subsidio al capital; c) el aumento de la subsunción formal del trabajo al capital, forma endémica en el capitalismo periférico y, por ende, en la mayoría del mundo (2019, p. 33). Si bien en este artículo no nos detendremos en esa discusión, sino en la que refiere particularmente al feminismo autonomista que Mezzadri identifica como tradición originaria, es pertinente señalar lo que dijéramos en oportunidad de un “debate” con Marcel van der Linden y su categoría de “trabajadores subalternos”: la descripción de la heterogeneidad y las formas intermedias de trabajo que efectivamente existen (en las que se solapan los tiempos de producción de valor y los de reproducción de la fuerza de trabajo) no constituye, en sí misma, una negación de la predominancia de la relación salarial como estructurante (no totalizante) de la acumulación de capital en la actualidad. En sentido contrario, expresa la forma desigual y combinada en que el capitalismo mercantiliza, contradictoriamente, a los y las trabajadoras (Varela, 2014).

Parada sobre estos dos pilares, Mezzadri sostendrá que *existe un carácter borroso de la frontera entre el ámbito de la producción “de valor” y el ámbito de la reproducción de “la vida”, que haría que todos los ámbitos donde existe “trabajo” puedan ser pensados como ámbitos de fuente de valor y, por ende, la propia distinción entre espacio de la pro-*

ducción y espacio de la reproducción se vuelva irrelevante a punto tal que sostenerla es casi un capricho “productivista” de las marxistas de la TRS (y de los marxistas en general). Dicho en sus propias palabras: “los enfoques del valor que proponen una clara separación entre lo que produce y lo que no produce el excedente se basan en una información inexacta y altamente dualista para la comprensión de cómo funciona el capitalismo” (2019, p. 39).

Antes de fundamentar los problemas que tiene el planteo de Mezzadri, quisiera despejar una serie de cuestiones que no son parte de la discusión (aunque suelen aparecer y generar confusión). En primer lugar, definir si el trabajo de reproducción social produce valor o no, no es lo mismo que darle “valor o importancia” a este trabajo que realizamos mayoritariamente las mujeres, porque el valor en la teoría de Marx no es un concepto moral, es un concepto (central) de su crítica a la economía política. Por el contrario, establecer cuál es el rol del trabajo de reproducción social y su relación con el trabajo productivo *implica darle la mayor de las importancias en el capitalismo*, porque ayuda a comprender, entre otras cosas, el exacto punto en que género y clase se intersectan, no por casualidad, no aleatoriamente, sino *en forma necesaria* para que este sistema (de opresión y explotación) se reproduzca. Entonces: no estamos discutiendo la importancia del trabajo de reproducción social. Reconocer esta importancia vital (incluso económicamente) para el capitalismo es *el punto de partida del debate, no su conclusión*. En segundo lugar (y derivado de lo anterior), no es un debate que pueda saldarse “políticamente”, en el sentido de argumentar que la determinación del carácter productivo del trabajo de reproducción es una posición política correcta debido a que le otorga visibilidad tanto a un trabajo ciertamente invisibilizado y devaluado como a los sujetos que lo realizamos. Lamentablemente, la política no resuelve los problemas de la teoría.⁶ El objetivo de visibilizar a esta mitad de la clase obrera relegada a la oscuridad por su trabajo de reproducir la fuerza de trabajo es, sin lugar a dudas, un objetivo político de primer orden (cuestión con la que acuerdan todas las teóricas marxistas de la reproducción social). Pero al revés de hacerlo a través de la igualación de ese trabajo con aquel que llevan adelante los y las obreras en el punto de la producción, el mejor combate contra posiciones que fetichicen al obrero de overol (varón y ciertamente blanco) y el lugar de la producción como único *locus* de lucha de clases no es amalgamar un tipo de trabajo con el otro (la cocina y la fábrica) sino intentar comprender su diferencia para comprender, también, su relación. En tercer lugar, sostener que el trabajo de reproducción social

6. Podría decirse lo mismo al revés: una buena teoría no resuelve los problemas de la política, aunque da más chances para que ello pueda suceder.

no produce valor no significa, en absoluto, considerar que existe algo así como un modo de producción doméstico (diferenciado del modo de producción capitalista) en el cual las mujeres son las “proletarias” de ese modo paralelo de producción.⁷ Lejos de ese dualismo (propio de las teorías del sistema dual que Vogel critica fuertemente), una de las mayores riquezas del libro *Marxism and the Oppression of Women. Toward a Unitary Theory* (Vogel, 2013) es situarse claramente en el campo de las teorías unitarias y, allí parada, comprender la relación entre producción y reproducción como una *unidad diferenciada*. Por último, y aunque parezca un exceso aclararlo, establecer que el trabajo de reproducción social no produce valor no significa (bajo ningún punto de vista) considerar a las mujeres (que mayormente lo realizamos) como no-parte de la clase obrera o como “ciudadanas de segunda” de nuestra clase. Como señala Arruzza en este dossier, la definición de clase obrera no se restringió nunca para Marx a los trabajadores productivos (por más que haya quienes, en nombre del marxismo, sí lo han hecho). En otro artículo hemos señalado, siguiendo la definición de Daniel Bensaïd, que la clase trabajadora está definida por *sus relaciones con el capital y mediante el conflicto social que la opone al mismo* (Varela, 2019). Esta doble determinación se imbrica, a su vez, en distintos niveles en que el conflicto social se despliega: el ámbito de la producción, el de la circulación y el de la reproducción social en su conjunto. La relación asalariada, cuyo *locus* de lucha de clases es el ámbito de la producción en la medida en que allí se disputa el tiempo de trabajo necesario y el plustrabajo (a través de la lucha por el tiempo y condiciones de trabajo), *es una determinación necesaria, pero no es suficiente*. El otro conjunto de determinaciones (que Bensaïd organiza en torno a los volúmenes II y III de *El capital*) están atadas a esta primera determinación (es decir que sin ella pierden sentido) pero la complejizan. Como veremos al final de este texto, lejos de cualquier ciudadanía de segunda, es posible considerar que las mujeres de la clase trabajadora ocupan una ubicación privilegiada, pero no por una idealización de las “cocinas” o del ámbito de “la subsistencia”, sino por su *lugar de puentes entre producción y reproducción*, entre la fábrica y el barrio, lugar que puede configurarse

7. Como destaca Paul Smith (1978), en oportunidad del debate sobre el trabajo doméstico en la década del 70, muchas críticas a Dalla Costa y James desde el marxismo (lo que se conoció como posiciones “ortodoxas”) se hicieron argumentando que el trabajo doméstico no producía valor por pertenecer a un sistema de producción distinto al capitalista (el doméstico), el cual constituía una rémora del pasado (o sea, un sistema de producción precapitalista). Ese tipo de posiciones (ciertamente dualistas) dificultó y polarizó el debate. Lise Vogel será quien, desde el campo del marxismo, retome la discusión sobre el trabajo doméstico y critique la tradición *operaista* desde una posición unitaria.

como una ubicación estratégica para una perspectiva anticapitalista que no puede ser solo de las mujeres sino que debe ser (sí o sí) del conjunto de los y las trabajadoras (una clase heterogénea que tiene géneros, razas, etnias, nacionalidades y sexualidades). Dicho esto, vayamos a los problemas que trae el planteo de Mezzadri.

La liquidación de las fronteras (o el problema de la indistinción)

Como dijimos, Mezzadri afirma que cualquier enfoque del valor que establezca una frontera clara entre el trabajo que produce y el que no produce excedente malentende la realidad. Ahora bien, ¿cuál es, según Mezzadri, la forma en que los marxistas establecemos esa frontera? A partir de diferenciar a los trabajadores que reciben salario de aquellos que no lo reciben. En términos de Mezzadri, el salario es la expresión de la producción de valor para los marxistas, motivo por el cual la diferencia entre trabajo productivo y no productivo sería equivalente a la diferencia entre trabajo asalariado y no asalariado. “Sin lugar a dudas, es la *reificación y fetichización del salario como valor, en lugar de costo del trabajo*, lo que proporciona las premisas para la comprensión productivista de la generación de valor” (Mezzadri, 2019, p. 36, destacado nuestro).

Como puede vislumbrarse (y se observa más contundentemente cuando se lee el texto completo), la afirmación concentra una serie de equívocos sobre la teoría marxista que son de primer orden. El principal (del que se deriva el resto) es *la confusión sobre la distinción entre trabajo y fuerza de trabajo*. En la teoría marxista el salario no es ni el costo ni el valor del trabajo, en la medida en que lo que se compra y se vende no es “trabajo” sino “*fuerza de trabajo*” que, como capacidad de producir valor (y plus valor) es, incluso antes de ser vendida y comprada en forma efectiva, una mercancía. Este carácter de mercancía de la fuerza de trabajo es central, porque la fuerza de trabajo no es cualquier capacidad de trabajar (yo puedo hacer una torta en mi casa y no por eso pongo en juego *fuerza de trabajo* aunque ponga en juego una exquisita capacidad de trabajar). La *mercancía fuerza de trabajo* es la capacidad de trabajar *en tanto y en cuanto el trabajo que yo realice sea medible en tiempo de trabajo socialmente necesario*. O sea, es la capacidad de realizar trabajo abstracto, que por supuesto, es siempre también trabajo concreto y útil. El *salario no paga el trabajo* (si así lo hiciese, no habría plusvalía) *sino que paga la mercancía fuerza de trabajo* que, en tanto capacidad de trabajo abstracto y por ende, medible, *produce valor*. De allí que la producción de valor sea indisoluble, en la teoría marxista, de la distinción entre trabajo y fuerza de trabajo.

La particular interpretación de Mezzadri sobre el salario *cuestiona*,

de hecho, la distinción entre trabajo y fuerza de trabajo, y, a través de ella, cuestiona la teoría del valor-trabajo de Marx. Lamentablemente, eso no está dicho explícitamente, haciendo que Mezzadri se pierda la oportunidad de argumentar los fundamentos de una nueva teoría del valor (debate absolutamente legítimo y explícito en otros autores), y, en su lugar, el texto adopte la forma de una paradoja: por un lado, afirma que “la reproducción social es, de hecho, generadora de valor, y en un sentido marxiano” (2019, p. 34); por otro lado, afirma que lo que hay que hacer “es simplemente aceptar el alcance mucho más limitado de la teoría del valor-trabajo, cuya aplicación, para el análisis marxista, siempre fue pensada como algo que funcionaba dentro del ámbito de la producción capitalista de mercancías” (2019, pp. 36-37). A esa altura del texto es muy difícil saber lo que es el valor para Mezzadri.

Pero la autora agrega otro elemento importante para la discusión: esta fetichización y reificación del salario explicaría la idea (que, según Mezzadri, compartiríamos los marxistas y la economía política clásica) de que el valor del trabajo (representado en el salario) es algo *exógeno* al proceso de producción de valor, es decir, algo determinado por las “condiciones reproductivas generales de una sociedad dada en un momento dado en el tiempo” (2019, p. 36). Una nueva confusión se suma a la anterior. Efectivamente, en Marx el costo de la fuerza de trabajo (no del trabajo) no es fijo sino que es el resultado de la lucha de clases en la medida en que aquello que es “necesario” para la reproducción de la fuerza de trabajo tiene un “componente histórico-moral” que se dirime en función de las relaciones de fuerza conquistadas por los y las trabajadoras a través de sus luchas. Ahora bien, decir que el salario (como expresión de valor de la *fuerza de trabajo* y no del trabajo) es el resultado de la lucha de clases no significa en absoluto afirmar que es “exógeno” a los proceso de producción de valor. Por el contrario es tan endógeno como lo es la lucha de clases misma en tanto lucha entre capital y trabajo. Lo que es exógeno a los procesos de producción de valor en Marx es *el trabajo de reproducción de la fuerza de trabajo* en la medida en que, bajo el capitalismo (no así en el feudalismo, por ejemplo) se produce una separación entre ámbito de la producción y de la reproducción. La frontera entre producción y reproducción es parte necesaria de la creación violenta del trabajador asalariado como relación social. Dice Marx: “El trabajador pertenece al capital *antes* de haberse vendido a sí mismo al capitalista. Su *atadura económica* es a la vez mediada y ocultada por la renovación periódica del acto mediante el cual se vende a sí mismo” (citado por Bhattacharya, 2018b, resaltado nuestro). Esta atadura económica (no poseer medios de producción ni reproducción que le permitan vivir sin tener que venderse como mercancía) es una *condición necesaria para el funcionamiento del capitalismo, condición*

que requiere de la separación entre producción y reproducción. Como dice Vogel: “Como no ocurre en ningún otro modo de producción, la manutención diaria y la renovación generacional son tareas que tanto espacialmente, como temporal e institucionalmente están aisladas de la esfera de la producción” (2013, p. 191). A esa manutención diaria y renovación generacional de la mercancía fuerza de trabajo es a lo que Vogel llama reproducción social:⁸ “Restringí el concepto de reproducción de la fuerza de trabajo a los procesos que mantienen y reemplazan fuerza de trabajo *capaz de producir un excedente para una clase apropiadora*” (2013, p. 188, destacado nuestro).

Decir que la separación entre producción y reproducción es *necesaria* (no aleatoria) en el capitalismo, no es lo mismo que afirmar que ésta es absoluta o que no existen formas de trabajo no libre (como aquellas en las que se especializa Mezzadri y que quienes vivimos en países periféricos conocemos especialmente). Como señala Susan Ferguson:

La clase dominante y su estado están constantemente negociando la separación entre producción de la vida y producción de valor capitalista. No es una separación preestablecida, estática o estable que pueda mapearse fácilmente en términos espaciales. Es, más bien, dinámica y relacional, con dos tendencias opuestas de separación y convergencia. (Ferguson, 2020)

Pero el desconocimiento de la frontera entre producción y reproducción que sostiene Mezzadri arrastra, como en un efecto dominó, la distinción entre trabajo y fuerza de trabajo, y con ella la especificidad de lo que se produce en el ámbito de la reproducción social: no se produce “vida” en un sentido abstracto y ahistórico, *se produce y reproduce vida en tanto portadora de la mercancía fuerza de trabajo*. He aquí la *segunda especificidad de la mercancía fuerza de trabajo*: si con Marx sabemos que es la única que produce más valor que sí misma, con Vogel sabemos que es *la única mercancía que se produce por fuera del ámbito de la producción*. ¿Por qué? Porque, dada la inseparabilidad del trabajador y de su fuerza de trabajo, su producción *no puede estar atada* a las reglas de la producción de mercancías. Como dice Paul Smith:

Si bien la mercancía fuerza de trabajo puede verse como el producto del trabajo doméstico, no puede decirse que el carácter de mercancía de dicho producto incide en el proceso de trabajo doméstico, que su carácter de valor está teniéndose en cuenta (esto se vuelve claro en el hecho de que el trabajo do-

8. Vogel distingue la reproducción *generacional* de la fuerza de trabajo de otras formas como, por ejemplo, la inmigración.

méstico no deja de realizarse cuando hay una sobreproducción relativa del producto que produce). Sin esta indiferencia hacia la forma concreta particular de trabajo, el trabajador doméstico no asume el carácter económico del productor de mercancías. En consecuencia, el trabajo doméstico no puede verse como trabajo abstracto, la sustancia del valor. (1978, p. 206)

Si el hogar fuera una fábrica de fuerza de trabajo (en un sentido literal) debería regirse por la misma lógica de la producción de cualquier otra mercancía: la búsqueda de reducir el tiempo de trabajo socialmente necesario para que dicha mercancía sea plausible de venderse en el mercado (es decir, sea competitiva). Nada de esto pasa con la mercancía fuerza de trabajo: su dificultad o imposibilidad de venderse en el mercado no detiene su producción: en épocas de alto desempleo los niños siguen siendo alimentados, bañados, educados, vestidos; seguramente será un trabajo realizado en condiciones más precarias y penosas, pero no existen las “suspensiones” por exceso de stock en el ámbito de la reproducción social.⁹ Por otro lado, su valor no depende del tiempo de trabajo que lleva su producción: si una mujer tarda dos horas o 30 minutos en elaborar el guiso con que alimenta a su hija, esto no incide en el salario que la hija pueda obtener como retribución de la venta de su fuerza de trabajo. De hecho, la fuerza de trabajo es la única mercancía que ajusta su valor a su precio:¹⁰ en épocas de alto desempleo, el precio de la fuerza de trabajo baja y el valor se ajusta a esa baja.

Pero cabe todavía una última aclaración: destacar que la reproducción de la fuerza de trabajo requiere un trabajo (invisibilizado, devaluado y generizado) que se lleva a cabo por fuera del ámbito de la producción de mercancías *no es lo mismo que decir que la fuerza de trabajo se reproduce enteramente fuera del ámbito de la producción de valor*. Eso sería un gran error: la reproducción de la fuerza de trabajo no es ni completamente endógena ni completamente exógena al ámbito de producción de valor, sino que es dual: en lo que refiere al salario (como expresión del costo mensurable de reproducción de la fuerza de trabajo) es endógena al ámbito de producción de valor y plusvalor; en lo que refiere a la gran mayoría del trabajo de reproducción de la fuerza de trabajo es exógeno

9. Eso no significa que no existan políticas estatales destinadas a promover o limitar la maternidad (las hay, y de las más violentas). Pero el hecho de que tenga que intervenir el Estado (como mediación) prueba, justamente, que la “producción de la mercancía fuerza de trabajo” no puede regularse al igual que el resto de mercancías.

10. En ese sentido, podríamos decir que la fuerza de trabajo es una mercancía triplemente única: es la única que produce más valor que sí misma, es la única que se produce por fuera del ámbito de la producción y es la única que ajusta su valor a su precio (por supuesto, ese ajuste tiene límites biológicos, como ya dijera Marx).

al ámbito de la producción.¹¹ Dicho de otro modo, la fuerza de trabajo (y los trabajadores que la portamos) se reproduce gracias a lo que sucede dentro y fuera del ámbito de producción de valor. De allí que, para entender la reproducción de la fuerza de trabajo, sea necesario mirar ambos ámbitos (el de la producción y de la reproducción) y, sobretudo, mirar *su relación*.

Son las características del trabajo asalariado como relación social fundamental que requiere un trabajador “libre” (de medios de producción y de vender su fuerza de trabajo en el mercado), y las particularidades de la mercancía fuerza de trabajo (indisociable de su portador), lo que separa y diferencia el ámbito de la producción y el de la reproducción, al tiempo que los vuelve indisociables. Es a esa *unidad diferenciada* a la que Vogel se refiere con el concepto de dos dimensiones del trabajo necesario: la dimensión social y la doméstica, que se despliegan en dos esferas de la producción social en su conjunto.

En el origen era lo doméstico (o la reproducción como *oikos*)

Una de las críticas de Mezzadri al libro de Bhattacharya es que no remite al debate de los orígenes: las elaboraciones feministas sobre las que se basó la Campaña por el Salario para el Trabajo Doméstico en 1972. Si bien la crítica es un poco engañosa porque la discusión sobre el trabajo doméstico y su valor ya estaba inscripta en los debates de la época e involucra a distintas autoras,¹² la Campaña fue efectivamente un parte aguas y fue, sin dudas, *el origen de la visión autonomista sobre la reproducción*. Repondremos el núcleo duro de esas elaboraciones de

11. Señalar que la gran mayoría del trabajo de reproducción de la fuerza de trabajo es exógena al ámbito de la producción no es lo mismo que decir que ese trabajo no es asalariado: una de las observaciones más sagaces de Vogel en el debate original de la Segunda Ola fue señalar que había todo un conjunto de tareas de reproducción que el estado capitalista había “socializado” a través de las escuelas, hospitales, geriátricos, etc. Resulta interesante ver las cuatro formas de trabajo de reproducción social que señala Arruzza en el artículo que comparte con Bhattacharya en este mismo dossier: no productivo no asalariado (hogar/barrio/comunidad); no productivo asalariado estatal (servicios públicos); no productivo asalariado en servicios personales (trabajo doméstico); productivo asalariado (Mc Donalds).

12. Al situar los orígenes en esa Campaña, Mezzadri omite, por ejemplo, obras muy importantes para esta discusión, como la de Margaret Benston, que en 1969 escribe “The Political Economy of Women’s Liberation”, en la que discute expresamente el trabajo doméstico y su producción de valor. Para una historización detallada, véase Ferguson (2020).

la mano de Silvia Federici,¹³ porque allí están las bases para la comprensión de la posición de Mezzadri.

Como destaca Federici, la primera formulación del trabajo doméstico como productor de valor fue de Dalla Costa¹⁴ en su texto “Potere Femminile e Sovversione Sociale”,¹⁵ de 1971, y estuvo directamente relacionado con los desarrollos teóricos que venían desplegándose en Italia al calor de lo que se conoció como *operaísmo*, particularmente la noción de “fábrica social” de Mario Tronti.¹⁶

Igual de importante en el desarrollo de nuestra perspectiva fue el concepto *operaísta* de “fábrica social”. Dicho concepto traducía la teoría de Mario Tronti, expresada en su obra *Operai e Capitale* (1966), según la cual llegados a cierto punto del desarrollo capitalista las relaciones capitalistas pasan a ser tan hegemónicas que todas y cada una de las relaciones sociales están supeditadas al capital y, así, la distinción entre sociedad y fábrica colapsa, por lo que la sociedad se convierte en fábrica y *las relaciones sociales pasan directamente a ser relaciones de producción*. Tronti señalaba así el incremento de la reorganización del “territorio” como espacio social estructurado en función de las necesidades fabriles de producción y de la acumulación capitalista. Pero desde nuestra perspectiva, a primera vista resultó obvio que el circuito de la producción capitalista, y de la “fábrica social” que esta producía, empezaba y se asentaba primordialmente en la cocina, el dormitorio, el hogar –en tanto que estos son los centros de producción de la fuerza de trabajo– y que a partir de allí se trasladaba a la fábrica pasando antes por la escuela, la oficina o el laboratorio. (Federici, 2013, pp. 24-25)

Este párrafo concentra la *matriz operaísta* que está en la base de

13. Federici fue una de las dirigentes del Comité de Nueva York de dicha campaña. Recientemente ha sido publicado un libro que recupera esa experiencia (Federici y Austin, 2019).

14. Mariarosa Dalla Costa era militante *operaísta* de la zona del Véneto, profesora adjunta del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Padua (dirigido por Toni Negri) e impulsora de la agrupación *Lotta Femminista*.

15. Ese texto y el de Selma James “Il posto della donna”, también del 71, son los que darán origen al libro en inglés de Dalla Costa y Selma (1972).

16. Mario Tronti era un intelectual comunista italiano que ocupó un rol central en el desarrollo del *operaísmo* en la década del 60, primero desde la revista *Quaderni Rossi* (bajo la dirección de Raniero Panzieri, del PSI), y luego, desde 1964, en *Classe Operaia* junto a R. Alquati, A. Negri y A. Rosa. En 1966 publicó *Obreros y capital*, donde desarrolla el concepto de “fábrica social”.

las posiciones de Mezzadri y Federici. Cuando Mariarosa Dalla Costa escribió que el trabajo doméstico no solo contribuía a reducir el costo de la fuerza de trabajo (cosa inobjetable)¹⁷ sino que *producía plusvalía* fue la primera *obrerista* que, llevando al extremo la noción de fábrica social de Tronti, planteaba la existencia de extracción de plusvalor fuera del ámbito fabril. A partir de allí, el concepto de Tronti será apropiado bajo esta acepción particular por las feministas de la Campaña ya no para pensar los espacios extra fabriles en general, sino para pensar especialmente el espacio doméstico como espacio de relaciones de producción.

Medir el trabajo mediante el salario también esconde el alto grado en el que nuestras familias y relaciones sociales han sido subordinadas a las relaciones de producción – *han pasado a ser relaciones de producción*. (Federici, 2013, p. 62, destacado nuestro)

He aquí el núcleo duro teórico: mientras se afirma con certeza que el trabajo doméstico produce valor, el concepto de “fábrica social” (o, mejor dicho, la apropiación particular de dicho concepto) opera como un blindaje ante la dificultad para establecer con precisión el modo específico en que las actividades implicadas en la reproducción social contribuyen a la creación de valor.

Bajo el capitalismo, la producción del valor nunca deriva de un lugar concreto sino que está determinado socialmente. En otras palabras, se trata de una “extensa cadena de montaje” (recurso al término en sentido figurado), necesaria para la generación de plusvalía. Obviamente, la plusvalía se genera al venderse en el mercado los productos del trabajo. Si tienes una fábrica que produce una docena de coches que no llegan a venderse nunca, no se genera plusvalía. Lo que pretendo decir con esto es que las actividades implicadas en la reproducción del trabajador asalariado forman parte de esa cadena de montaje: son parte de un proceso social que determina la plusvalía. *Aunque no podamos precisar una relación directa entre lo que tiene lugar en una cocina y el valor que se genera*, por ejemplo, con la venta de un coche o de cualquier otro producto, cuando contemplamos la naturaleza social de la producción de valor, se despliega una “fábrica social” más allá de la propia fábrica. (Federici, 2014, destacado nuestro)

17. De hecho, hay muchas formas en que la clase capitalista reduce el costo de la fuerza de trabajo: subsidios, legislación antihuelga o anti organización sindical, etc.

Si, desde el punto de vista marxista, la mensurabilidad del trabajo de reproducción no es posible porque, como dijimos antes, *este trabajo no puede ser trabajo abstracto*, la posición teórica de Federici y Mezzadri no ofrece un modo alternativo de conmensurabilidad, lo que hace que la noción de valor se vuelva sumamente escurridiza.

Sobre esta base conceptual (y sobre su ambigüedad) se parará Federici para, luego de una serie de desplazamientos teóricos, llegar a la idea de que *son las mujeres, en tanto protagonistas de la reproducción social, los sujetos más explotados de esta sociedad devenida en fábrica social y, por ende, los sujetos prioritarios de la lucha contra el capitalismo*. Describiremos brevemente estos desplazamientos.

El primero es el que pasa de considerar el trabajo doméstico como productor de valor a identificarlo como *el pilar central de esa “fábrica social”*, por el hecho de que allí se reproducen los seres humanos y la fuerza de trabajo. Este carácter de *oikos* (unidad básica) lo transforma, en términos de Federici, en el “punto cero” de la revolución y, por ende, en el territorio privilegiado de la lucha de clases y de construcción de una sociedad más allá del capitalismo. Este desplazamiento implica un salto muy importante: si la discusión original de las feministas de la Segunda Ola era contra la fetichización del obrero de overol (varón y blanco) como único sujeto de la clase trabajadora (invisibilizando el trabajo no remunerado de las mujeres), aquí empieza a configurarse el hogar no sólo como *otro territorio* de trabajo productivo (que debía ser reconocido a través del salario), sino como *territorio prioritario de la producción*, priorización que terminará (paradójicamente) en la devaluación (y en las versiones más radicales, la invisibilización) del trabajo asalariado de los trabajadores varones (y de las trabajadoras mujeres). Como sintetiza Peter Linebaugh en forma de slogan “La reproducción precede a la producción social. Si tocas a las mujeres tocas la base”.¹⁸

Pero aquí viene el segundo desplazamiento: el que va “de la cocina al jardín y a la tierra”. Si, en el debate de los 70 ese *oikos* estaba pensado desde el punto de vista del hogar, el proceso de globalización (y su mecánica de constante mercantilización de diversas esferas de la vida social) hace que la reproducción social deba pensarse desde todo ámbito en el que se desarrolla una actividad de subsistencia, ya sea en las ciudades (huertas comunitarias u ollas populares) o en el campo (agricultura de subsistencia). Este desplazamiento también es

18. Como señala Tithi Bhattacharya en su libro (2017), esta anterioridad “histórica” (en el sentido de que, efectivamente, sin producción y reproducción de seres humanos no hay trabajo asalariado), no dice mucho sobre cuáles son las bases de la acumulación de capital, las cuales residen todavía (y lamentablemente) en la extracción de plusvalor en el punto de la producción.

muy importante porque es el que permite establecer vínculos entre el debate original del feminismo y los estudios sobre las economías de subsistencia, como los de la escuela de Bielefeld (Alemania),¹⁹ entre los que se destacan los trabajos de la feminista Maria Mies a los que refiere Mezzadri en el texto. Son esos estudios, concentrados en los países periféricos y/o ex colonias, los que permiten llevar el concepto de reproducción social a un nivel más amplio en clave “comunitaria”. Es allí, en lo que Mies llama el espacio de construcción de “los comunes”, donde hay que posar la mirada (del mismo modo que antes se posaba en el hogar). Pero además, permite establecer el vínculo con las lecturas del neoliberalismo o la globalización como un proceso de “acumulación originaria permanente o constante” en el que el capitalismo intenta salvar su crisis de acumulación a través de nuevos procesos de desposesión ya sea bajo la forma de desplazamientos de comunidades que viven, aún, en algún tipo de economía de subsistencia (los llamados nuevos *enclosures*); o bajo la forma del endeudamiento de los países periféricos (deuda externa como procedimiento de desposesión), cuyos planes de ajuste expande el mecanismo de la deuda (y su disciplinamiento) hacia los sectores populares empobrecidos por las políticas de ajuste estructural. En síntesis, este desplazamiento teórico de lo doméstico a lo territorial permite que la lectura original que colocó a las mujeres y su trabajo de reproducción social en el hogar en el centro de la “fábrica social” capitalista se transforme en *una clave de lectura del capitalismo global en cuyo epicentro están las economías de subsistencia* como espacios de resistencia a la lógica de la mercantilización capitalista, y *las mujeres* de estas economías (principalmente las mujeres del “tercer mundo”)²⁰ *como hilván de la historia*.

En resumen, bajo esta clave de lectura, la globalización termina siendo analizada como un ataque a las economías de subsistencia y a las mujeres, y no como un ataque al conjunto de la clase trabajadora a través de *la combinación de políticas dirigidas: al ámbito de la producción de mercancías* (múltiples formas de precarización del trabajo asalariado, combinación entre extensión de la jornada laboral –y la plusvalía absoluta– y alto desempleo, aumento de la informalidad y formas híbridas entre trabajo asalariado y no asalariado, y como consecuencia general,

19. Para un análisis de la escuela de Bielefeld y sus investigaciones sobre la economía de subsistencia, véase Van der Linden (2019).

20. Esta idea puede observarse de modo prístino en un autor como John McMurtry, retomado por Federici en sus reflexiones: “El factor liberador que emerge del Tercer Mundo es la fuerza de las mujeres no asalariadas quienes aún no se han visto desconectadas de la economía vital por medio del empleo. Ellas sirven a la vida no a la producción de mercancías. Son la oculta columna vertebral de la economía mundial” (citado en Federici, 2014, p. 153).

brutal caída del salario real y de las condiciones de vida de los y las trabajadoras); y *al ámbito de la reproducción social* (ajustes a los servicios de salud, educación, y todas las formas en que el Estado capitalista había “socializado” la reproducción social asalariándola; privatización de ex servicios públicos como transporte, vivienda, acceso al agua y otros bienes básicos; mercantilización de recursos naturales y expulsión de comunidades de sus tierras; extensión del mecanismo de expoliación del endeudamiento, etc).

El resultado de los desplazamientos teóricos que mencionamos y de la clave de lectura que conforman, es algo que estaba inscripto en la Campaña por el Salario para el Trabajo Doméstico como posibilidad: que lo que fue planteado como una perspectiva política “que comienza con las mujeres pero que es válida para toda la clase obrera” (Federici, 2013, p. 54), se transforma en una perspectiva donde la clase obrera como sujeto (heterogéneo en términos de género, pero también de raza, de etnia, y de sexualidad) se diluye y, en su reemplazo, aparece un sujeto de “mujeres populares” o “mujeres de la subsistencia” que, por su cercanía con la “reproducción de la vida”, encarnan la posibilidad de trascender al capital en tanto “reino de la muerte”.

El problema de la unidad entre las luchas de la producción y la reproducción

En este último apartado quisiera hacer referencia a la tercera dimensión que introduce Mezzadri en su texto: la forma en que las diferencias teóricas condicionan las estrategias políticas. Esto es importante porque, mientras Mezzadri encuentra en la visión autonomista la posibilidad de unir los diversos sectores de trabajadores a través de considerar sus luchas como “en última instancia” reproductivas (2019, p. 39), es justamente esa reificación del ámbito de la reproducción la que, a mi juicio, aleja la posibilidad de la unidad. Veamos.

A la hora de pensar en las perspectivas políticas de un feminismo anticapitalista hoy, Federici afirma:

Inevitablemente, un ataque histórico como este a la vida humana, eternizado por las políticas de “crisis permanente”, ha conducido a muchas de nosotras a repensar nuestras estrategias y perspectivas políticas. En mi caso, me ha impulsado a reconsiderar la cuestión del salario para el trabajo doméstico y a investigar el significado del creciente llamamiento que dentro de los círculos políticos radicales a nivel internacional se hace al desarrollo y producción de “lo común”. (2013, p. 29)

El horizonte de la búsqueda de “lo común” (que, en términos de Ca-

ffentzis y Federici (2018), implica una construcción consciente de formas de producción de la subsistencia que no respondan a la lógica de la ganancia sino a la de las necesidades) no niega, en este planteo político, la exigencia de un salario ante el Estado, sino que más bien lo presupone. Pero en lugar de ser, como en la década del 70, un “Salario para el Trabajo Doméstico” es un “salario social” que garantice la reproducción, entendida como subsistencia.²¹ A diferencia de otras formulaciones de renta básica,²² aquí no se piensa en un subsidio a ser pagado en forma “universal”, sino a quienes garantizan esa subsistencia: las mujeres. Ese subsidio sería la base (al menos esa es la hipótesis) a partir de la cual desplegar las formas comunitarias de reproducción social en el camino hacia la creación de “los comunes” de los que habla Federici.

La exposición de esta estrategia de “salario social + construcción de lo común” vuelve más transparente una serie de elementos que en el debate teórico están presentes, pero no siempre de forma clara. El primero es que, desde esta perspectiva, la lucha contra el capitalismo termina equiparada a la lucha por “una subsistencia *más allá* del trabajo asalariado”. Por supuesto que nadie puede estar en contra del objetivo político de “subsistir” más aún en una situación en la que hay millones de trabajadores y trabajadoras que mueren de hambre, por efecto de la contaminación ambiental o los desastres ecológicos, por enfermedades curables o en las cárceles estatales. Sin embargo, considerar la subsistencia como un objetivo de primer orden y transformarlo en horizonte político, no es lo mismo. Uno de los elementos interesantes de la Campaña por el Salario al Trabajo Doméstico de los 70 era la consideración de que, lejos de tener como finalidad la obtención del salario en sí mismo, el objetivo era que la visibilización del trabajo doméstico abriera la posibilidad de que las mujeres *se negaran a realizarlo*, es decir, abriera la

21. En la apropiación que hacen Cavallero y Gago de esta idea, lo que se exige al estado es un “salario feminista”: “Este es un punto clave que hoy se está discutiendo en varias organizaciones: el manejo de los recursos públicos bajo forma de subsidio o salario social como herramienta que el movimiento feminista está disputando desde una lógica propia” (Cavallero y Gago, 2019, Tesis X).

22. La propia Federici reconoce que “la reflexión sobre el salario para el trabajo doméstico se ha visto estimulada por la reivindicación de una renta básica universal, que en los últimos años ha ganado popularidad en la izquierda europea” (Federici y Austin, 2019, p. 44). El punto común entre la estrategia de las feministas autonomistas y la de organizaciones que no sólo no son anticapitalistas sino que emanan de instituciones que operan como pilares fundamentales del capitalismo contemporáneo (como sectores de la Iglesia católica o sectores de los organismos multilaterales y ONG globales, que Federici critica ácidamente), es el hecho de considerar, como centro de la estrategia política, la garantía de la subsistencia de los “perdedores” del capitalismo neoliberal.

posibilidad a *la crítica del trabajo de reproducción social no remunerado por parte de las mujeres*.

El documento [Tesis sobre el salario para el trabajo doméstico (1974)] aborda la reivindicación del salario como una estrategia, no como un fin en sí mismo, sino como forma de rechazar el trabajo no remunerado y como instrumento para la construcción de relaciones de poder más favorables; el vehículo material para rechazar el trabajo doméstico tal y como está organizado en el capitalismo. (Federici y Austin, 2019, p. 48)

Ese horizonte de crítica al trabajo de reproducción social se desdibuja en la estrategia política de la subsistencia, y resulta reemplazado, *de facto*, por una suerte de revalorización de las tareas de reproducción y una, inevitable, romantización de las mujeres que las realizamos.²³ El espíritu de rechazo al trabajo doméstico que emanaba la Campaña, se diluye aquí y *el reclamo de salario social aparece como la condición de posibilidad de que ese trabajo sea garantizado por las mujeres en los barrios o comunidades*. Sobre la base de esta garantía estatal, la apuesta a la construcción de “los comunes” es lo que establecería la diferencia entre los modos actuales (alienados) en que las mujeres realizamos ese trabajo y los modos “alternativos” en que podrían ser realizarlos. Justamente aquí está el segundo problema: ¿qué significa la apuesta por “los comunes”? La pregunta no refiere a la capacidad de las mujeres (y también de los varones y otras opciones de género) a construir lazos sociales mejores al individualismo competitivo que promueve el capitalismo. Eso está fuera de duda, la historia de la lucha de clases es una hermosa (y dolorosa) muestra de esa capacidad. La pregunta está dirigida a discutir la hipótesis de conjunto que implica la apuesta por “los comunes”: ¿Es una apuesta a que un sector de la población subsista bajo “otras reglas”, mientras el resto de la humanidad se reproduce bajo las reglas del capitalismo y en función de la lógica de producción de valor (una suerte de economía completamente dualizada entre la economía de mercado y la de subsistencia)? ¿Es una apuesta a que miles de micro-economías de subsistencia (urbanas y rurales) se propaguen de forma tal que los y las trabajadoras recuperemos los medios de vida de los que

23. Federici alerta sobre el peligro que esta visión implica para una romantización de las mujeres en tanto “dadoras de vida” o “cuidadoras de los comunes” (que significaría un retroceso a visiones reaccionarias sobre las mujeres y su papel en la sociedad), pero no establece la relación entre dicha romantización y los fundamentos teóricos de esta perspectiva. En su lugar, llama a tener siempre presente que las formas de reproducción de vida que se oponen a la mercantilización son una construcción política que debe hacerse de forma consciente.

fuiamos expropiados y no tengamos necesidad de vender nuestra fuerza de trabajo para vivir? Porque si la subsistencia bajo las reglas de “los comunes” sigue siendo un ámbito de producción de la mercancía fuerza de trabajo que el capital va a explotar en el punto de la producción, esas experiencias comunitarias (por ricas que sean) serán funcionales al capitalismo, que seguirá teniendo garantizada la mercancía fuerza de trabajo (y a bajísimo costo). Esta y otras muchas preguntas sobre la construcción de “los comunes” (para las cuales no es sencillo encontrar respuestas) hacen que, en los hechos, la estrategia que se imponga sea la del “salario social”. Y esto coloca un último problema sobre la mesa: ¿cuáles son los puentes que establece esta política con la situación de explotación cada vez más precaria de los miles de millones de trabajadores y trabajadoras asalariadas?

El afán de construir el ámbito de la reproducción-subsistencia como *locus* “originario” de la lucha anticapitalista y a las mujeres como su “nuevo sujeto” secundariza lo que sucede en el ámbito de la producción (y del trabajo asalariado en general) y termina levantando una barrera entre ambos espacios. Si, en el inicio, la frontera entre producción y reproducción era borrada, el razonamiento desplegado crea una nueva frontera, teórica y política. La necesidad urgente de pensar la solidaridad que Mezzadri expone en su texto (y que compartimos plenamente) encuentra, en la propia teoría que la autora defiende, un obstáculo.

En sentido contrario, una visión que ponga el eje en *la relación entre producción y reproducción*, sin por eso diluir sus diferencias (tal como lo hace la tradición que inicia Vogel y retoma Bhattacharya en su libro), otorga más chances (nunca garantías) de pensar políticas que activen las solidaridades internas de una clase constitutivamente heterogénea y fuertemente fragmentada.

La feminización de la fuerza de trabajo (como característica central del neoliberalismo) es, en sí misma, una expresión de esa relación. *En cuanto al ámbito de la reproducción*, expresa el intento del capital de transformar la manutención diaria de la fuerza de trabajo en *un nicho de producción de valor* a través de la mercantilización del trabajo reproductivo: provisión privada de servicios de cuidado en clínicas, geriátricos, jardines, escuelas, pero también de comida hecha como las grandes cadenas. Este proceso implica una “externalización” de las tareas de reproducción por fuera del ámbito doméstico y/o comunitario, pero no para ser asumidas por el Estado capitalista bajo la forma de provisión de servicios públicos y gratuitos, sino para ser privatizadas e incluidas en el circuito de producción de valor. Este ataque en el terreno de la reproducción tiene, sin lugar a dudas, como principales afectadas a las mujeres de la clase trabajadora que se ven obligadas o bien a disponer de recursos (dinero) para pagar esos trabajos reproductivos en el mercado

privado, o bien a multiplicar las horas de trabajo reproductivo no pago en el hogar o el barrio, ante la ausencia de servicios públicos. *En cuanto al ámbito de la producción*, expresa la necesidad del capital de explotar cada vez más trabajo vivo (contra cualquier teoría del fin del trabajo), pero bajo condiciones de ultra precarización que son las que rigen en estos sectores “feminizados” del mercado de trabajo: jornadas *part-time* (ligados, justamente, a la necesidad de contar con más tiempo para el cuidado de los hijos), bajos salarios, bajos índices de sindicalización, intensificación de los tiempos y pésimas condiciones de trabajo.²⁴ Este ataque en el terreno de la producción tiene, sin lugar a dudas, como principales afectadas a las mujeres de la clase trabajadora que son quienes, mayoritariamente, se emplean en esos sectores, pero, junto con ellas, tiene como destinatario a toda la clase obrera que ve caer su salario real (y relativo) y las condiciones de su reproducción. Esta ubicación de las mujeres trabajadoras otorgada por la feminización de la fuerza de trabajo (ubicación que no existía en la década del 70, cuando se desarrolló el debate sobre el trabajo doméstico) nos permite pensar a las mujeres como *punto entre la producción y la reproducción*. La “trabajadora asalariada de la reproducción social” es una condición obrera cada vez con más peso, que combina dos tipos de elementos diferenciados: a) aquellos propios del “trabajo asalariado”: un lugar de trabajo donde se concentran centenas o miles de trabajadores (como los grandes centros educativos o de salud), posibilidad de negociación colectiva y sindicalización, identificación de un patrón a quien presentarle las demandas laborales y contra quien combatir, relaciones con otros sectores de asalariados, etc.; b) aquellos propios de la reproducción social: no sólo por la naturaleza de las tareas sino también por la relación que se establece con los territorios de la reproducción social: hogares, barrios, comunidades, pueblos. Pensar a las mujeres de la clase trabajadora como *puentes*, permite pensar luchas (de clase) que vayan “de la fábrica al barrio” y “del barrio a la fábrica” en la medida en que la reproducción de la fuerza de trabajo es, como hemos dicho antes, exógena y endógena al lugar de la producción. La Huelga Internacional de Mujeres, que, todo indica, ha llegado para quedarse, abre la posibilidad (al igual que otros conflictos contemporáneos) de ejercitar esa *lucha de clases anfibia*: una huelga del conjunto de la clase trabajadora, en sus

24. Como analiza Kim Moody en su excelente libro sobre la clase obrera norteamericana *On New Terrain*: “Esos trabajos de servicio que crecieron a lo largo de los años fueron, en gran parte, el producto de la dinámica interna de la acumulación de capital y de dos de sus problemas de costos actuales, como resultado del crecimiento de la economía de los Estados Unidos de la posguerra: la reproducción social de la fuerza de trabajo y el mantenimiento de la expansión de las instalaciones fijas” (2017, p. 19).

locus de la producción y de la reproducción, en cuya dirección estén las mujeres trabajadoras.

Referencias

- Benston, M. (1969). The Political Economy of Women's Liberation. *Monthly Review*, 21, 4.
- Bhattacharya, T. (ed.) (2018a). *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentering Oppression*. Pluto.
- Bhattacharya, T. (2018b). Cómo no saltarse a la clase. *Intersecciones*. <https://www.intersecciones.com.ar/2018/08/12/como-no-saltarse-a-la-clase-la-reproduccion-social-del-trabajo-y-la-clase-obrera-global/>.
- Cavallero, L. y Gago, V. (2019). Diez tesis sobre la economía feminista (o sobre el antagonismo entre huelga y finanzas). *Viento Sur*, 164.
- Caffentzis, G. y Federici, S. (2018). Comunes contra y más allá del capitalismo. En G. Caffentzis (ed.). *Los límites del capital. Deuda, moneda y lucha de clases*. Tinta Limón-Fundación Rosa Luxemburgo.
- Dalla Costa, M. y James, S. (1975). *The Power of Women and Subversion of the Community*. Falling Wall Press.
- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de Sueños.
- Federici, S. (2014). La cuestión de la reproducción es esencial no solo para la organización capitalista del trabajo, sino para cualquier proceso genuino de transformación social. *Boletín Ecos*, 26. <https://www.fuhem.es/>
- Federici, S. (2019). Social Reproduction Theory. History, issues and present challenges. *Radical Philosophy*, 2.04, series 2.
- Federici, S. y Austin, A. (2019). *Salario para el trabajo doméstico. Comité de Nueva York. Historia, teoría y documentos 1972-1977*. Tinta Limón-Traficantes de Sueños.
- Ferguson, S. (2020). *Women and Work. Feminism, Labour and Social Reproduction*. Pluto Press.
- Ferguson, S. y McNally, D. (2013). Capital, fuerza de trabajo y relaciones de género. *Marxismo Crítico*. <https://marxismocritico.com/2017/01/16/capital-fuerza-de-trabajo-y-relaciones-de-genero/>.
- Fortunati, L. (1981). *The Arcane of Reproduction. Housework, Prostitution, Labor and Capital*. Automeidia.
- Fortunati, L. y Federici, S. (1984). *Il Grande Calibano: Storia del Corpo Sociale Ribelle nella Prima Fase del Capitale*. Franco Angeli.
- Gago, V. y Mezzadra, S. (2017). A Critique of the Extractive Operations of Capital: Toward an Expanded Concept of Extractivism. *Rethinking Marxism*, 29: 4.
- Linebaugh, P. (2013). *El Manifiesto de la Carta Magna*. Traficantes de Sueños.
- Mezzadri, A. (2017). *The Sweatshop Regime: Labouring Bodies, Exploitation, and Garments Made in India*. Cambridge University Press.
- Mezzadri, A. (2019). On the value of social reproduction. Informal labour, the

- majority world and the need for inclusive theories and politics. *Radical Philosophy*, 2.04, series 2.
- Mies, M. (1982). *The Lace Makers of Narsapur: Indian Housewives Produce for the World Market*. Zed Books.
- Mies, M. (2019). *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Traficantes de Sueños.
- Mies, M. y Bennholdt-Thomsen, V. (1999). *The Subsistence Perspective: Beyond the Globalised Economy*. Zed Books.
- Moody, K. (2017). *On New Terrain. How Capital is Reshaping the Battleground of Class War*. Haymarket Books.
- Smith, P. (1978). Domestic Labour and Marx's Theory of Value. En A. Kuhn y A.M. Wolpe, *Feminism and Materialism*. Routledge and Kegan Paul.
- Tronti, M. (2001). *Obreros y capital*. Akal.
- Van der Linden, Marcel (2019). *Trabajadores y trabajadoras del mundo. Ensayos para una historia global del trabajo*. CEHTI-Imago Mundi.
- Varela, P. (2014). La clase obrera en debate. *Ideas de Izquierda*, 15.
- Varela, P. (2018a). Sobre género y clase. Entrevista a Tithi Bhattacharya. *Ideas de Izquierda*, 44, agosto.
- Varela, P. (2018b). Con los ojos de las mujeres. *Ideas de Izquierda*, 44, agosto.
- Varela, P. (2019). ¿Existe un feminismo socialista en la actualidad? Apuntes sobre el movimiento de mujeres, la clase trabajadora y el marxismo hoy, *Theomai*, 39, primer semestre.
- Vogel, L. (2013). *Marxism and the Oppression of Women. Toward a Unitary Theory*. Historical Materialism-Brill.